

BRÚJULA

Mathias Enard

Somos dos fumadores de opio cada uno en su nube, sin ver nada fuera, solos, sin comprendernos jamás fumamos, caras agonizantes en un espejo, somos una imagen congelada a la que el tiempo confiere la ilusión del movimiento, un cristal de nieve deslizándose sobre una bola de escarcha cuyas complejas marañas no hay quien entienda, soy esa gota de agua condensada en el cristal de mi salón, una perla líquida que rueda y nada sabe del vapor que la engendró, ni menos todavía de los átomos que la componen y pronto servirán a otras moléculas, a otros cuerpos, a las nubes que tanto pesan esta noche sobre Viena: quién sabe sobre qué nuca goteará esta agua, contra qué piel, sobre qué acera, hacia qué río, y esta cara indistinta sobre el vidrio no es mía más que por un instante, una de las mil posibles configuraciones de la ilusión; mira, el señor Gruber pasea a su perro a pesar de la llovizna, lleva un sombrero verde y el impermeable de costumbre; se protege de las salpicaduras de los coches dando unos saltitos ridículos en la acera: el chuchito cree que quiere jugar, así que brinca hacia su dueño y se lleva un buen sopapo cuando pone su pata mugrienta sobre el impermeable del señor Gruber, que acaba a pesar de todo por acercarse a la calzada para cruzar, las farolas alargan su silueta, charco ennegrecido en medio del mar de sombras de los grandes árboles, desgarrados por los faros sobre la Porzellangasse, y herr Gruber parece dudar de si hundirse o no en la noche del Alsergrund, como yo si abandonar o no mi contemplación de las gotas de agua, del termómetro y del ritmo de los tranvías que descienden hacia Schottentor.

La existencia es un reflejo doloroso, un sueño de opiómano, un poema de Rumi cantado por Shahram Nazeri, el obstinado del zarb hace vibrar ligeramente el cristal bajo mis dedos como la piel de la percusión, debería proseguir con mi lectura en lugar de mirar al señor Gruber desapareciendo bajo la lluvia, en lugar de prestarles mis oídos a los melismas arracimados del cantante iraní, cuya potencia y timbre podrían ruborizar a tantos de nuestros tenores. Debería parar el disco, imposible concentrarme; por más que he releído esta separata por décima vez no comprendo su misterioso sentido, veinte páginas, veinte páginas horribles, escalofriantes, que llegan a mis manos precisamente hoy, hoy que un médico compasivo puede que le haya puesto nombre a mi enfermedad y declarado mi cuerpo oficialmente enfermo, casi aliviado tras haberles asignado —beso mortal— un diagnóstico a mis síntomas, un diagnóstico que conviene confirmar iniciando un tratamiento, me dijo, para seguir la evolución, la evolución, en eso estamos, contemplando una gota de agua que evoluciona hacia la desaparición para reintegrarse en el Gran Todo.

No hay azar, todo está relacionado, diría Sarah, por qué recibo precisamente hoy este artículo por correo, una separata de otra época, un papel grapado en lugar de un PDF acompañado por un mensaje deseando «que te llegue bien», o por un e-mail que podría haberme transmitido alguna noticia, explicarme dónde está, qué es ese Sarawak desde donde escribe, que, según mi atlas, es un estado de Malasia situado en el noroeste de la isla de Borneo, a dos pasos de Brunéi y de su rico sultán, a dos

pasos también, creo, de los gamelanes de Debussy y de Britten; pero el contenido del artículo es muy diferente; nada de música, aparte tal vez de un largo canto fúnebre; veinte hojas densas publicadas en el número de septiembre de Representations, hermosa revista de la Universidad de California en la que ella ya escribió otras veces. El artículo lleva una breve dedicatoria en la página de guarda, sin comentarios, «Para ti, mi muy querido Franz, con un gran abrazo, Sarah», y fue enviado el 17 de noviembre, es decir, hace dos semanas: todavía hacen falta dos semanas para que un correo haga el trayecto Malasia-Austria, o acaso ha escatimado en sellos, podría haber añadido una postal, qué significa esto, he recorrido todas las huellas que de ella quedan en el apartamento, sus artículos, dos libros, algunas fotografías, y hasta una versión de su tesis doctoral, impresa y encuadernada en skivertex rojo, dos grandes volúmenes de tres kilos cada uno:

«En la vida hay heridas que roen como una lepra el alma en la soledad», escribe el iraní Sadeq Hedayat al principio de su novela La lechuza ciega: ese hombre pequeño de gafas redondas lo sabía mejor que nadie. Fue una de esas heridas la que lo hizo abrir el gas en su apartamento de la calle Championnet de París, precisamente una noche de gran soledad, una noche de abril, muy lejos de Irán, muy lejos, con la única compañía de algunos poemas de Jayam y una sombría botella de coñac, tal vez, o una piedrecita de opio, o puede que nada, nada en absoluto, aparte de los textos que todavía guardaba consigo y que se llevó al gran vacío del gas.

No se sabe si dejó una carta o alguna otra señal aparte de su novela La lechuza ciega, terminada desde hacía tiempo y que, dos años después de su muerte, habría de valerle la admiración de los intelectuales franceses que jamás habían leído nada acerca de Irán: el editor José Corti publicará La lechuza ciega poco después de El mar de las Sirtes; Julien Gracq conocerá las mieles del éxito cuando el gas de la calle Championnet acaba de hacer su efecto, año 1951, y dirá que su Mar es la novela de «todas las podredumbres nobles», como las que acabaron por roer a Hedayat en el éter del vino y del gas. André Breton tomará partido por los dos hombres y por sus libros, demasiado tarde para salvar a Hedayat de sus heridas, si es que pudo haberse salvado, si es que el dolor no era, con enorme certeza, del todo incurable.

Ese hombre de gruesas gafas redondas vivió en el exilio como en Irán, tranquilo y discreto, hablando en voz baja. Su ironía y su feroz tristeza le valieron la censura, a menos que fuese su simpatía por los locos y los borrachos, o puede que su admiración por ciertos libros y determinados poetas; tal vez lo censuraron porque le gustaban el opio y la cocaína mientras se burlaba de los drogadictos; porque bebía solo, o asumía el pesar de no esperar ya nada de Dios, no hasta ciertas noches de enorme soledad, cuando el gas llama; puede que porque era miserable, o porque creía razonablemente en la importancia de sus escritos, o porque no creía en ellos, todo cosas que incomodan.

Lo cierto es que en la calle Championnet no hay placa que señale ni su paso ni su partida; en Irán no hay monumento que lo recuerde, a pesar del peso de la historia que lo vuelve ineludible, y el peso de su muerte, que pesa aún sobre sus compatriotas. Su obra vive hoy en Teherán como él murió, en la miseria y la clandestinidad, en los estantes de las librerías de lance o en reediciones trucas, desprovistas de cualquier alusión que pueda precipitar al lector a la droga o el suicidio; para preservar a la juventud iraní, tocada por la dolencia de la desesperanza, del suicidio y de la droga y que se abalanza pues, cuando logra hacerlo

y con deleite, sobre los libros de Hedayat, que así de famoso y mal leído se une a los grandes nombres que lo rodean en Père-Lachaise, a dos pasos de Proust, tan sobrio en la eternidad como lo fue en vida, tan discreto, sin flores ostentosas ni demasiadas visitas; desde aquel día de abril de 1951 en que escoge el gas y la calle Championnet para poner término a todas las cosas, roído por una lepra del alma, imperiosa e incurable. «Nadie toma la decisión de suicidarse; el suicidio está en ciertos hombres, está en su naturaleza.» Hedayat escribe estas líneas a finales de los años veinte. Las escribe antes de leer y traducir a Kafka, antes de escribir su estudio sobre Jayam. Su obra se abre por el final. La primera recopilación que publica empieza con Enterrado vivo, Zendé bé gour, el suicidio y la destrucción, y describe claramente los pensamientos, o eso creemos, del hombre en el momento en que se entrega al gas veinte años más tarde, dejándose dormir suavemente tras haberse asegurado de destruir sus papeles y sus notas, en la minúscula cocina invadida por el insoportable perfume de la primavera entrante. Destruyó sus manuscritos, puede que más valiente que Kafka, puede que porque no tiene a mano ningún Max Brod, puede que porque no confía en nadie, o porque está convencido de que es hora de desaparecer. Y si Kafka se va tosiendo, corrigiendo hasta el último minuto unos textos que querrá quemar, Hedayat parte en la lenta agonía del sueño pesado, su muerte ya escrita, veinte años antes, su vida atravesada por las llagas y las heridas de esa lepra que lo roía en soledad y que adivinamos está ligada a Irán, a Oriente, a Europa y a Occidente, como Kafka en Praga era a la vez alemán, judío y checo sin ser nada de todo eso, perdido más que cualquiera o acaso más libre que nadie. Hedayat sufría una de esas heridas del yo que te hacen tambalearte en el mundo, es esa falla la que se abrió hasta convertirse en grieta; hay en ello, como en el opio, en el alcohol, en todo lo que te abre en dos, no tanto una enfermedad como una decisión, una voluntad de resquebrajar el ser, hasta el fondo.

Si nos adentramos en este trabajo a través de Hedayat y su Lechuza ciega es porque nos proponemos explorar esa fisura, asomarnos a la grieta, introducirnos en la embriaguez de aquellas y aquellos que vacilaron demasiado en la alteridad; vamos a tomar de la mano a este hombre para bajar a observar las heridas que carcomen, las drogas, los más allá, y a explorar ese lapso, ese barzakh, el mundo entre los mundos en que caen los artistas y los viajeros.

Este prólogo es sin duda sorprendente, quince años después esas primeras líneas siguen resultando igual de desconcertantes: debe de ser tarde, mis ojos se cierran sobre el viejo manuscrito a pesar del zarb y la voz de Nazeri. En la defensa de su tesis, a Sarah la enfureció que le criticasen el tono «romántico» de su preámbulo y el paralelismo «absolutamente fuera de lugar» con Gracq y Kafka. Sin embargo Morgan, su director de tesis, trató de defenderla, de un modo por otra parte bastante ingenuo, diciendo que «siempre está bien hablar de Kafka», lo cual hizo suspirar a aquel jurado de orientalistas vejados y de mandarines adormecidos a los que solo el odio que sentían los unos por los otros podía sacar de su ensueño doctrinal; por otra parte, no tardaron en olvidar el preliminar tan inusitado de Sarah cuando le discutieron ciertas cuestiones de metodología, es decir, que no veían de qué manera «el paseo» (aquel viejo escupía la palabra como un insulto) podía tener algo de científico, incluso dejándose guiar por la mano de Sadeq Hedayat. Yo estaba de paso en París, contento ante la oportunidad de asistir por primera vez a una lectura de tesis «en la Sorbona» y de que fuese la suya, pero una vez pasadas la sorpresa y la diversión de descubrir el estado de vetustez de los

pasillos, de la sala y del jurado, relegados a las profundidades de sabe Dios qué departamento perdido en el laberinto del conocimiento, donde cinco eminencias iban a dar muestras, una detrás de la otra, de su escaso interés por el texto del que se suponía que iban a hablar, haciendo esfuerzos sobrehumanos —como yo en la sala— por no dormirse, ese ejercicio me llenó de amargura y de melancolía, y cuando abandonamos el lugar (aula sin fasto, con pupitres de aglomerado hendido, resquebrajado, que no entrañaban el menor saber más allá de entretenidos grafitis y chicles pegados) con el fin de dejar que deliberasen, me vi asaltado por un poderoso deseo de largarme con viento fresco, bajar por el bulevar Saint-Michel y caminar por la orilla para no cruzarme con Sarah y que adivinase mis impresiones sobre la famosa lectura de tesis que tan importante iba a ser para ella. Había en el público una treintena de personas, tanto como decir una muchedumbre para el minúsculo pasillo al que nos vimos relegados; Sarah salió al mismo tiempo que la concurrencia, hablaba con una dama muy elegante y mayor que ella que yo sabía que era su madre, y con un hombre que se le parecía de un modo turbador, su hermano. Era imposible avanzar hacia la salida sin cruzarse con ellos, di media vuelta para contemplar los retratos de orientalistas que adornaban el pasillo, viejos grabados amarillentos y placas conmemorativas de una época fastuosa y añeja. Sarah charlaba, parecía agotada pero no abatida; puede que en el fragor del combate científico, tomando notas para preparar sus réplicas, hubiese tenido ella una sensación completamente diferente a la del público. Me vio y me hizo una señal con la mano. Yo había ido sobre todo para acompañarla, pero también para prepararme, aunque solo fuese en mi imaginación, de cara a mi propia lectura de tesis; y lo que acababa de presenciar no era precisamente alentador. Me equivocaba: tras unos minutos de deliberaciones, cuando de nuevo fuimos admitidos en la sala, le concedieron la nota más alta; el famoso presidente enemigo del «paseo» la elogió vivamente por su trabajo y hoy, releendo una vez más el inicio de ese texto, hay que admitir que había algo potente e innovador en esas cuatrocientas páginas sobre las imágenes y las representaciones de Oriente, no-lugares, utopías, fantasmas ideológicos en los que se habían perdido muchos de cuantos quisieron recorrerlos; los cuerpos de los artistas, poetas y viajeros que habían tratado de explorarlos cayeron poco a poco en la destrucción; la ilusión roía, como decía Hedayat, el alma en soledad: eso que durante mucho tiempo se había llamado locura, melancolía, depresión, era a menudo el resultado de una fricción, la pérdida de uno mismo en la creación, al contacto con la alteridad, y aunque hoy en día me parece un poco precipitado, romántico, por así decirlo, sin duda ya había allí una auténtica intuición sobre la que ella habría de edificar todo su trabajo posterior.

Una vez emitido el veredicto y muy feliz por ella fui a felicitarla, ella me abrazó calurosamente y me preguntó pero qué haces aquí, yo le respondí, amable mentira, que un feliz azar me había llevado a París justo entonces, ella me invitó a unirme a sus allegados en la tradicional copa de champán y acepté; fue así como acabamos en el primer piso de un café del barrio, donde solían celebrarse ese tipo de acontecimientos. De repente Sarah parecía abatida, como si flotase en aquel traje sastre de color gris; sus formas habían sido tragadas por la Academia, en su cuerpo se apreciaba la huella del esfuerzo realizado durante las últimas semanas y meses: los cuatro años anteriores habían tendido hacia ese instante, no habían tenido otro sentido que ese instante, y ahora que corría el champán ella lucía una suave y rendida sonrisa de parturienta; sus ojos cansados, imaginé que por haberse pasado la noche revisando la exposición, demasiado excitada para conciliar el sueño. Gilbert

de Morgan, su director de tesis, por supuesto estaba allí; yo ya lo conocía de Damasco. No ocultaba la pasión que sentía por su protegida, la miraba con un aire paternal que por obra y gracia del champán coqueteaba con el incesto: a la tercera copa, los ojos encendidos y las mejillas sonrosadas, solo y acodado a una mesa alta, sorprendí su mirada errando desde los tobillos hasta la cintura de Sarah, de abajo arriba y luego de arriba abajo; enseguida soltó un eructo melancólico y vació su cuarta copa. Advirtió que yo lo estaba observando, fijó en mí sus ojos furibundos y acabó por reconocermme y sonreírme, nosotros ya nos conocemos, ¿no? Le refresqué la memoria, sí, soy Franz Ritter, nos vimos en Damasco, con Sarah; claro, es cierto, el músico, y yo ya estaba tan acostumbrado a ese malentendido que respondí con una sonrisa boba. Aún no había cruzado más que un par de palabras con la aureolada, solicitada por todos sus amigos y parientes, y ya me hallaba arrinconado en compañía de ese gran sabio a quien, más allá de un aula o de una reunión de departamento, todo el mundo evitaba con esmero. Él me hacía preguntas de compromiso sobre mi propia carrera universitaria, preguntas a las que yo no sabía responder y que prefería ni siquiera formularme; sin embargo, él estaba más bien en forma, vigoroso, como dicen los franceses, por no decir lascivo o pícaro, y yo no podía ni imaginar que unos meses más tarde me lo iba a encontrar en Teherán, en unas circunstancias y un estado muy distintos, de nuevo en compañía de Sarah, que en aquel momento conversaba animadamente con Nadim; él acababa de llegar, ella tenía que explicarle todos los pormenores de la lectura, por qué no asistió, lo ignoro; también él era muy elegante, con una hermosa camisa blanca de cuello redondo que alumbraba su tez mate, su corta barba negra; Sarah le tomaba las manos como si fueran a ponerse a bailar. Yo me excusé ante el profesor y fui a su encuentro; Nadim me dio enseguida un abrazo fraternal que por un instante me devolvió a Damasco, a Alepo, al laúd de Nadim en la noche, embriagando las estrellas del cielo metálico de Siria, tan lejos, tan lejos, desgarrado no solo por los cometas sino por los misiles, por las granadas, los gritos y la guerra; imposible imaginar, en París en 1999, ante una copa de champán, que Siria iba a ser devastada por la peor violencia, que el zoco de Alepo ardería, el alminar de la mezquita de los Omeyas derribado, tantos amigos muertos o condenados al exilio; imposible incluso hoy en día imaginar el alcance de los estragos, el alcance de ese dolor desde un confortable y silencioso apartamento vienés.

Y ahora el disco se acaba. Qué fuerza en este fragmento de Nazeri. Qué sencillez mágica, mística, esa arquitectura de percusión que sostiene la lenta pulsación del canto, el ritmo lejano del éxtasis ansiado, un zikr hipnótico vertido en el oído que te acompaña durante horas. Nadim es hoy un solista de laúd internacionalmente reconocido, su matrimonio dio mucho que hablar entre la pequeña comunidad extranjera de Damasco, tan imprevisto, tan súbito que se volvía sospechoso a ojos de muchos y sobre todo de la embajada de Francia en Siria; una de las innumerables sorpresas a las que Sarah es asidua, siendo la última este sorprendente artículo sobre Sarawak: poco después de la llegada de Nadim me despedí de ellos, Sarah me agradeció mucho la visita, me preguntó si me iba a quedar unos días en París, si tendríamos tiempo de volver a vernos, yo respondí que al día siguiente regresaba a Austria; saludé respetuosamente al profesor universitario, ya completamente hecho polvo sobre su mesa, y me marché.

Salí del café y reanudé mi paseo parisino. Con pasos lentos sobre las hojas secas de los muelles del Sena, me puse a darle vueltas a la auténtica razón que debió de impulsarme a perder así mi tiempo, en la lectura de una tesis y la correspondiente celebración, y en el halo de luz circundante me parece entrever, en París, los brazos fraternales de los puentes sobresaliendo de la niebla, un momento de una trayectoria, de una deambulación cuyo fin y sentido no iban quizá a presentarse más que a posteriori y que evidentemente pasan por aquí, por Viena, donde el señor Gruber regresa de su paseo con su chucho infecto: pasos torpes en la escalera, el perro que ladra; luego, por encima de mí, sobre mi techo, galopes y arañazos. El señor Gruber nunca ha sabido ser discreto y sin embargo es el primero en quejarse de mis discos, Schubert todavía tiene un pase, me dice, pero esas viejas óperas y esas músicas, hum... exóticas, no tienen por qué ser del agrado de todo el mundo, ya sabe a qué me refiero. Entiendo que la música le moleste, señor Gruber, y lo siento mucho. Solo quiero recordarle que, en su ausencia, mi oído ha desarrollado cuanta experiencia es posible e incluso imaginable en relación a su perro: y descubrí que solo Bruckner (y aun así, a niveles sonoros que rozan lo inaceptable) calma sus arañazos en el parqué y logra acallar sus ladridos sobreagudos, de los que, todo sea dicho, el edificio al completo se queja, lo cual me propongo desarrollar en un artículo científico de musicoterapia veterinaria que me valdrá sin duda alguna la felicitación de mis pares: «Efectos de los metales en el humor canino: desarrollo y perspectivas».

Tiene suerte Gruber de que yo mismo esté cansado, porque le atizaría un buen golpe de tombak, un poco de música exótica a todo trapo para él y su perro. Cansado de un largo día de recuerdos para escapar —a qué negarlo— de la perspectiva de la enfermedad, esta mañana ya de regreso del hospital abrí el buzón, pensé que el sobre acolchado contendría esos famosos resultados de los exámenes médicos que el laboratorio debe enviarme: antes de que el matasellos me sacase de mi error vacilé largos minutos si abrirlo o no. Yo creía a Sarah en algún lugar entre Darjeeling y Calcuta y va y aparece en una selva verdecida del norte de la isla de Borneo, en las antiguas posesiones británicas de esa isla barrigona. El monstruoso tema del artículo, el estilo seco, tan alejado de su acostumbrado lirismo, resulta escalofriante; hace semanas que no hemos cruzado ningún correo y justo cuando paso por el momento más difícil de mi vida reaparece de este modo tan peculiar; me he pasado el día releendo sus textos, con ella, lo cual me ha permitido no pensar, alejarme de mí mismo, y aunque me había propuesto ponerme a corregir la disertación de una estudiante es hora de dormir, creo que voy a esperar a mañana por la mañana para sumergirme en las consideraciones de esta alumna, «Oriente en las óperas vienesas de Gluck», pero debo abandonar toda lectura porque el cansancio me cierra los ojos y tengo que irme a la cama.

La última vez que vi a Sarah, pasaba tres días en Viena por no sé qué motivo académico. (Yo, evidentemente, la invité a alojarse aquí, pero ella declinó mi invitación, alegando que la organización le ofrecía un hotel magnífico y muy vienes que no pensaba perderse por mi raído sofá, lo cual, reconozcámoslo, me pareció bastante mal.) Estaba estupenda y me citó en un café del distrito primero, uno de esos suntuosos establecimientos a los que la afluencia de turistas, señores del lugar, confiere un aire decadente que a ella le hacía gracia. Enseguida insistió en dar un paseo, a pesar de la llovizna, lo cual me contrarió, no me apetecía lo más mínimo pasearme como un turista en una tarde de otoño húmeda y fría, pero ella

desbordaba energía y acabó por convencerme. Quería tomar el tranvía D hasta el final, allá arriba en Nussdorf, luego caminar un poco por el Beethovengang; yo le repliqué que caminaríamos más bien por el lodo, que más valía quedarse en el barrio; estuvimos errando por el Graben hasta la catedral, le conté dos o tres anécdotas sobre las canciones lascivas de Mozart que la hicieron reír.

—¿Sabes, Franz? —me dijo cuando pasábamos junto a las filas de calesas a un lado de la plaza de San Esteban—, hay algo muy interesante en los que piensan que Viena es la puerta de Oriente.

Lo cual también me hizo reír a mí.

—No, no, no te rías. Creo que escribiré sobre el tema, sobre las representaciones de Viena como Porta Orientis.

Los caballos tenían los ollares humeantes de frío y defecaban tranquilamente en bolsas de cuero enganchadas bajo la cola para no ensuciar los muy nobles adoquines vieneses.

—Por más que lo piense, no lo veo —le respondí—. La fórmula de Hofmannsthal, «Viena puerta de Oriente», me parece muy ideológica, sometida al deseo de Hofmannsthal en lo tocante al lugar del imperio en Europa. La frase es de 1917... Por supuesto, hay cévapčící y páprika, pero aparte de eso, es más bien la ciudad de Schubert, de Richard Strauss, de Schönberg, en mi opinión nada muy oriental. E incluso en la representación, en la imaginería vienesa, aparte del cruasán me costaba entrever cualquier cosa que recordase a Oriente aunque fuese solo un poco.

Es un cliché, le asesté con desprecio sobre esa idea tan trillada y desprovista del menor sentido:

—No basta con haber tenido dos veces a los otomanos a sus puertas para convertirse nada menos que en la puerta de Oriente.

—La cuestión no es esa, la cuestión no está en la realidad de la idea. Lo que me interesa comprender es por qué y de qué manera son tantos los viajeros que han visto en Viena y en Budapest las primeras ciudades «orientales» y lo que eso puede enseñarnos sobre el sentido que le dan a la palabra. Y si Viena es la puerta de Oriente, ¿hacia qué Oriente se abre?

Su búsqueda del sentido de Oriente, interminable, infinita; reconozco que dudé de mis certezas, y pensándolo ahora, al apagar la luz, puede que en el cosmopolitismo de la Viena imperial hubiese algo de Estambul, algo del Öster Reich, del Imperio del Este, pero algo que hoy me parecía lejano, muy lejano. Hace mucho que Viena no es la capital de los Balcanes, y los otomanos ya no existen. Cierto que el imperio de los Habsburgo era el imperio de en medio, y con la calma de la respiración que precede al adormecimiento, escuchando los coches deslizándose sobre la húmeda calzada, la almohada todavía deliciosamente fresca contra mi mejilla, aún la sombra del latido del zarb en el oído, debo reconocer que sin duda Sarah conoce Viena mejor que yo, más profundamente, sin limitarse a Schubert o Mahler, como a menudo los extranjeros conocen una ciudad mejor que sus habitantes, perdidos en la rutina; ella fue quien me arrastró, hace ya mucho tiempo, antes de nuestra partida a Teherán, después de que yo me instalase aquí, me arrastró al Josephinum, el antiguo hospital militar donde se encuentra uno de los más atroces museos: la exposición de los

modelos anatómicos de finales del siglo XVIII, concebidos para la formación de los cirujanos del ejército, para su aprendizaje, sin tener que depender de cadáveres ni padecer su olor; figuras de cera encargadas en Florencia a uno de los mayores talleres de escultura; entre los modelos expuestos en vitrinas de madera preciosa, sobre un cojín rosa desteñido por el tiempo, había una joven rubia de rasgos finos, acostada, el rostro vuelto hacia un lado, la nuca un tanto inclinada, los cabellos sueltos, una diadema de oro en la frente, los labios ligeramente entreabiertos, dos tiras de hermosas perlas alrededor del cuello, una rodilla a medio doblar, los ojos abiertos en un gesto más bien inexpresivo pero que, tras una larga observación, sugería abandono o por lo menos pasividad; desnuda por completo, el pubis más oscuro que la cabellera y ligeramente rizado, era de una enorme belleza. Abierta como un libro desde el pecho a la vagina, podían verse su corazón, sus pulmones, su hígado, sus intestinos, su útero, sus venas, como si la hubiese descuartizado cuidadosamente un criminal sexual de prodigiosa habilidad que le sajara el tórax, el abdomen para ponerla a punto, el interior de una caja de costura, de un carísimo reloj, de un autómatas. Los largos cabellos desplegados sobre el cojín, la mirada calma, las manos medio replegadas sugerían incluso que podría haber sentido placer, y el conjunto, en su jaula de cristal con montantes de caoba, provocaba deseo y al mismo tiempo pavor, fascinación y repugnancia; y yo imaginaba a los jóvenes aprendices de médico descubriendo hace unos dos siglos aquel cuerpo de cera, por qué pensar en esas cosas antes de dormirme, más me valdría imaginar el beso de una madre en la frente, esa ternura esperada en la noche que no llega nunca en lugar de los maniqués anatómicos abiertos de la clavícula al bajo vientre; en qué pensarían aquellos matasanos en ciernes frente al simulacro desnudo, acaso lograrían concentrarse en el sistema digestivo o respiratorio cuando la primera mujer que veían así, sin ropa, desde lo alto de sus gradas y de sus veinte años era una elegante rubia, una falsa muerta que el escultor se las había ingeniado para dotar de todos los aspectos de la vida empleando todo su talento en el pliegue de la rodilla, en la encarnación de los muslos, en la expresión de las manos, en el realismo del sexo, en el amarillo nervado de sangre del bazo, el rojo oscuro y alveolar de los pulmones. Sarah estaba extasiada ante aquella perversión, mira esos cabellos, es increíble, decía, están sabiamente dispuestos para sugerir indolencia, amor, y yo imaginaba un anfiteatro entero de estudiantes de medicina militar soltando un oh admirativo tras otro mientras un rudo profesor con bigotes descubría aquel modelo para contar, vara en mano, los órganos uno por uno y golpetear, con aire de entendido, al invitado especial del espectáculo: el minúsculo feto contenido en la matriz rosácea, a pocos centímetros del pubis de rubia pelambre, evanescente y delicada, de una finura que uno imagina como el reflejo de una dulzura terrorífica y prohibida. Fue Sarah quien me lo hizo notar, qué te parece, es una locura, está embarazada, y yo me pregunté si aquella gravidez cerosa era un capricho del artista o una exigencia de quien hizo el encargo, mostrar el eterno femenino en todas sus costuras, en todas sus posibilidades; aquel feto, una vez descubierto por encima del claro vellón, no hacía sino acentuar la tensión sexual que emanaba del conjunto, y una inmensa culpabilidad me acongojó por haber discernido la belleza en la muerte, una chispa de deseo en un cuerpo tan perfectamente despedazado: uno no podía abstenerse de imaginar el instante de la concepción de ese embrión, un tiempo perdido en la cera, ni de preguntarse qué hombre, de carne o de resina, habría penetrado esas entrañas tan perfectas para sembrarlas, y entonces volvía inmediatamente la cabeza; Sarah se rió de mi pudor, siempre me consideró un

mojigato, sin duda porque se le escapaba que no era aquella escena en sí misma la que me hacía mirar hacia otro lado, sino la que aparecía en mi mente, en realidad mucho más turbadora: yo, o alguien que se parecía a mí, penetrando a aquella muerta viviente.

El resto de la exposición no le iba a la zaga: un desollado vivo descansaba tranquilamente con la rodilla plegada como si nada, a pesar de no conservar ni un centímetro cuadrado de piel, ni uno solo, para mostrar en toda su coloreada complejidad la circulación sanguínea; pies, manos, órganos diversos metidos en frascos de cristal, detalles de huesos, de articulaciones, de nervios y, en fin, todo lo que el cuerpo contiene de misterios grandes y pequeños, y desde luego tengo que pensar en ello ahora, esta tarde, esta noche, cuando esta mañana he leído el horrible artículo de Sarah, cuando a mí mismo me han anunciado la enfermedad y espero los malditos resultados del análisis, pasemos a otro tema, volvámonos; el hombre que intenta dormir se vuelve y es una nueva partida, un nuevo ensayo, respira profundamente.

Un tranvía traquetea bajo mi ventana, otro de los que baja por la Porzellangasse. Los tranvías que suben son más silenciosos, o puede que simplemente no sean tantos; quién sabe, puede que el gobierno municipal desee traer a los consumidores al centro, sin preocuparse luego por devolverlos a sus casas. Hay algo de musical en ese bamboleo, algo de El ferrocarril de Alkan, pero en más lento, Charles-Valentin Alkan, maestro olvidado del piano, amigo de Chopin, de Liszt, de Heinrich Heine y de Victor Hugo, de quien se cuenta que murió aplastado por su biblioteca tratando de tomar el Talmud de un anaquel; no hace mucho he leído que eso es falso, una más de las leyendas sobre el legendario compositor, tan brillante que fue olvidado durante más de un siglo, parece ser que murió aplastado por un perchero o una pesada estantería llena de sombreros, el Talmud no tuvo nada que ver, a priori. En todo caso su Ferrocarril para piano es absolutamente virtuoso, se aprecia el vapor, el rechinamiento de los primeros trenes; la locomotora galopa a mano derecha y sus bielas ruedan a la izquierda, lo que causa una impresión de desmultiplicación del movimiento para mí bastante extraña, y en mi opinión atrocemente difícil de tocar; kitsch, hubiese sentenciado Sarah, muy kitsch esa historia del tren, y no iría tan desencaminada, es cierto que las composiciones programáticas «imitativas» tienen algo de caduco, y sin embargo puede que haya ahí una idea para un artículo, «Ruidos de trenes: el ferrocarril en la música francesa», añadiendo a Alkan la Pacific 231 de Arthur Honegger, los Ensayos de locomotoras de Florent Schmitt el orientalista y hasta el Canto de ferrocarriles de Berlioz; yo mismo podría componer una pequeña pieza, Tranvías de porcelana, para campanillas, zarb y cuencos tibetanos. Es muy posible que a Sarah esto último le pareciese kitsch, acaso vería la evocación del movimiento de una rueda, la carrera de un caballo o la deriva de una barca igualmente kitsch, seguro que no, creo recordar que ella apreciaba, como yo, los Lieder de Schubert, en cualquier caso solíamos hablar de ello. El madrigalismo es definitivamente una gran cuestión. No consigo sacarme a Sarah de la cabeza, en la frescura de la almohada, del algodón, en la ternura de las plumas, por qué me arrastró hasta ese increíble museo de cera, imposible acordarme; en qué andaba ella trabajando en aquel momento, cuando me instalé aquí, convencido de ser una especie de Bruno Walter llamado para secundar a Mahler el Grande en la Ópera de Viena cien años después: regresando victorioso de una campaña en Oriente, en Damasco precisamente, me habían enviado para secundar a mi maestro en la

universidad y encontré casi enseguida este alojamiento a dos pasos del magnífico campus donde iba a officiar, cierto que es aparentemente pequeño, pero agradable a pesar de los arañazos del animal de herr Gruber, y cuyo sofá cama, a pesar de lo que diga Sarah, es perfectamente honorable, la prueba: cuando vino por primera vez, cuando aquella extraña visita al museo de las bellas descuartizadas, durmió en él por lo menos una semana sin la menor queja. Encantada de ver Viena, encantada de que yo le descubriese Viena, decía, aunque fue ella la que me arrastró a los lugares más insospechados de la ciudad. Por supuesto, la llevé a ver la casa de Schubert y las numerosas moradas de Beethoven; por supuesto, pagué (sin reconocerlo, mintiéndole sobre el precio) una fortuna para que pudiésemos ir a la ópera: un Simón Boccanegra de Verdi lleno de espadas y de furor con la puesta en escena de Peter Stein el Grande, Sarah salió encantada, boquiabierta, pasmada por el lugar, la orquesta, los cantantes, el espectáculo, Dios sabe sin embargo que la ópera puede ser kitsch, pero aun así se rindió a Verdi y a la música, no sin llamar mi atención, como de costumbre, sobre una divertida coincidencia: ¿Te has dado cuenta de que el personaje manipulado a lo largo de la ópera se llama Adorno? El que cree tener razón, se rebela, se equivoca, pero acaba por ser proclamado dux. No me digas que no es curioso. Era incapaz de dejarse llevar, ni siquiera en la ópera. Qué hicimos luego, sin duda tomar un taxi para subir a cenar en un Heuriger y aprovechar el aire excepcionalmente tibio de la primavera, cuando las colinas vienesas huelen a parrilladas, a hierba y a mariposas, eso sí que me vendría bien, un poco de sol de junio en lugar de este interminable otoño y de esta lluvia incesante que golpea mi ventana; he olvidado correr las cortinas, menudo idiota, con las prisas de ir a acostarme y apagar la luz, voy a tener que levantarme, pero no, ahora no, no ahora que estoy en ese Heuriger bajo un emparrado bebiendo vino blanco con Sarah, posiblemente evocando Estambul, Siria, el desierto, quién sabe, o hablando de Viena y de música, de budismo tibetano, del viaje a Irán que empezaba a perfilarse. Las noches de Grinzing después de las noches de Palmira, el Grüner Veltliner después del vino libanés, la frescura de una tarde primaveral después de las veladas sofocantes de Damasco. Una tensión un poco molesta. Acaso ya hablaba de Viena como la Puerta de Oriente, me contrarió arremetiendo contra el Danubio de Claudio Magris, uno de mis libros preferidos: Magris es un habsburgués nostálgico, decía ella, su Danubio es terriblemente injusto con los Balcanes; cuanto más se adentra en ellos, menos información nos da. Los mil primeros kilómetros del curso del río ocupan más de dos tercios del libro y a los siguientes mil ochocientos no les dedica más que un centenar de páginas: tan pronto como deja Budapest no tiene casi nada más que decir, da la impresión (contrariamente a lo que anuncia en su introducción) de que toda la Europa del sudeste es mucho menos interesante, de que no ha sucedido ni se ha construido nada importante. Es una visión de la geografía cultural terriblemente «austrocentrista», una negación casi absoluta de la identidad de los Balcanes, de Bulgaria, de Moldavia, de Rumanía y sobre todo de su herencia otomana.

Junto a nosotros una mesa de japoneses engullía unas escalopas vienesas de un tamaño tan rocambolesco que colgaban por ambos lados de unos platos sin embargo desmesurados, orejas de oso de peluche gigante.

Y ella calentándose al decir aquello, sus ojos se habían ensombrecido, la comisura de sus labios temblaba un poco; no pude evitar reírme:

—Lo siento, no veo dónde está el problema; el libro de Magris me parece sabio, poético y a veces incluso divertido, un paseo, un paseo erudito y subjetivo, qué hay de malo en ello, está claro que Magris es un especialista en Austria, escribió una tesis sobre la visión del Imperio en la literatura austríaca del siglo diecinueve, pero qué quieres, no me moverás de la idea de que el Danubio es un gran libro, y lo que es más, un éxito mundial.

—Magris es como tú, un nostálgico. Un triestino melancólico que añora el Imperio.

Exageraba, por supuesto, auxiliada por el vino, se estaba dejando llevar, cada vez hablaba más alto, hasta tal punto que nuestros vecinos japoneses se volvían de vez en cuando hacia nosotros; comenzaba a ser un poco embarazoso; además, aunque la idea de un austrocentrismo a finales del siglo XX me parecía de lo más cómica, absolutamente divertida, con la palabra «nostálgico» me había herido.

—El Danubio es el río que une el catolicismo, la ortodoxia y el islam —añadió—. Eso es lo importante: es más que un vínculo, es... Es... un medio de transporte. La posibilidad de un pasaje.

La miré, parecía más calmada. Su mano sobre la mesa, un poco avanzada hacia mí. A nuestro alrededor, en el jardín verdecido del hostel, entre las cepas de los emparrados y los troncos de los pinos negros, las camareras con delantales bordados correteaban con pesadas bandejas cargadas de jarras que se iban desbordando a merced del paso de las jóvenes sobre la grava, su vino blanco tan frescamente tirado del barril que estaba turbio y espumoso. A mí me apetecía evocar recuerdos de Siria, pero allí estaba, disertando sobre el Danubio de Magris. Sarah.

—Olvidas el judaísmo —dije.

Ella me sonrió, más bien sorprendida; por un instante su mirada se iluminó.

—Sí, por supuesto, el judaísmo también.

Si fue antes o después de que me llevase al museo judío de la Dorotheergasse, ya no lo sé, pero estaba indignada, absolutamente desconcertada por «la indigencia» de aquel museo: incluso había redactado un «Comentario anexo a la guía oficial del Museo Judío de Viena», muy irónico, más bien hilarante. Debería volver uno de estos días, ver si las cosas han cambiado; en aquella época la visita estaba organizada por pisos, exposiciones temporales primero, luego colecciones permanentes. El recorrido holográfico de las personalidades judías eminentes de la capital le pareció de una vulgaridad sin igual, hologramas para una comunidad desaparecida, para fantasmas, qué evidencia tan horrible, sin mencionar la fealdad de las imágenes. Y aquello no era sino el inicio de su indignación. El último piso hizo que directamente se echase a reír, una risa que poco a poco se trocó en triste rabia: decenas de vitrinas rebosantes de objetos de todo tipo, cientos de copas, candelabros, filacterias, chales, miles de objetos propios del culto hebraico amontonados sin orden alguno, con una explicación sumaria y terrorífica: «Artículos expoliados entre 1938 y 1945, cuyos propietarios nunca se han dado a conocer», o algo parecido, botines de guerra encontrados entre las ruinas del Tercer Reich y amontonados bajo los tejados del Museo Judío de Viena como en el desván de un abuelo un tanto desordenado, pura acumulación, un montón de antiguallas para un anticuario sin escrúpulos. No tengo la menor duda, decía Sarah, de que lo hicieron con la mejor intención del mundo, antes de que el polvo les tomase la delantera y el

sentido de este amontonamiento se perdiese totalmente para dejar sitio a un cafarnaum, que es el nombre de una ciudad de Galilea, no lo olvides, decía. Y así oscilaba entre la risa y la cólera; pero qué imagen de la comunidad judía, qué imagen, no me lo puedo creer, imagina a los niños de las escuelas que visitan el museo, van a creer que esos judíos desaparecidos eran unos plateros coleccionistas de palmatorias, y sin duda tenía razón, era deprimente y me hacía sentir un poco culpable.

La cuestión que atormentaba a Sarah desde nuestra visita al museo judío era la de la alteridad, de qué modo esa exposición eludía la cuestión de la diferencia para centrarse en ciertas «personalidades eminentes» que destacaban sobre lo «mismo», así como una acumulación de objetos privada del menor sentido que «desactivaba», decía ella, las diferencias religiosas, litúrgicas, sociales y hasta lingüísticas para presentar la cultura material de una civilización brillante y desaparecida. Parece el amontonamiento de escarabajos fetiche en las vitrinas de madera del Museo de El Cairo, o los cientos de puntas de flecha y de raspadores de hueso de un museo de la prehistoria, decía. El objeto llena el vacío.

Hete aquí que me encontraba tranquilamente en un Heuriger disfrutando de una magnífica velada de primavera y ahora tengo a Mahler y sus Kindertotenlieder en la cabeza, los cantos de los niños muertos, compuestos por quien solo tres años después de alumbrarlos habría de tener en sus brazos a su propia hija muerta en Maiernigg, Carintia, cantos cuyo horrible alcance no llegará a ser bien entendido hasta después de su propia desaparición en 1911: a veces el sentido de una obra es atrocamente amplificado por la historia, multiplicado, decuplicado en el horror. No hay azar, diría Sarah henchida de budismo, la tumba de Mahler se encuentra en el cementerio de Grinzing, a dos pasos de ese famoso Heuriger donde tan hermosa velada estábamos pasando a pesar de la «disputa» danubiana, y estos Kindertotenlieder son poemas de Rückert, primer gran poeta orientalista alemán junto con Goethe: Oriente, siempre Oriente.

No hay azar, pero todavía no he corrido las cortinas, y la lámpara esquinera de Porzellan me molesta. Ánimo; para quien acaba de acostarse, levantarse resulta un incordio, ya sea por haber omitido una necesidad natural que su cuerpo le recuerda súbitamente o por haber olvidado el despertador más allá de su alcance, es una putada, hablando vulgarmente, tener que salir del edredón, buscar con la punta del pie las pantuflas que no deberían estar lejos, decidir que al diablo las pantuflas para un trayecto tan corto, apresurarse hasta el cordón de las cortinas, resolverse a dar un rápido rodeo hasta el cuarto de baño, orinar sentado, los pies al aire para evitar un contacto prolongado con las frías baldosas, efectuar el trayecto inverso lo más rápido posible para regresar por fin a los sueños que nunca debería haber abandonado, con la misma melodía en una cabeza que ya descansa, por fin aliviada, sobre el cojín; de adolescente, esa era la única parte de Mahler que yo soportaba, y no solo eso, una de las raras piezas capaces de conmoverme hasta el llanto, el sollozo de ese oboe, ese canto terrorífico, yo ocultaba esa pasión como una tara un tanto vergonzosa y hoy es bien triste ver a Mahler tan prostituido, engullido por el cine y la publicidad, su hermoso rostro enjuto de tal modo utilizado para vender Dios sabe qué, hay que esforzarse para no detestar esa música que atesta los programas de orquesta, los anaqueles de los vendedores de discos y las radios; el año pasado, cuando se cumplía el centenario de su muerte, había que taparse los oídos de tanto como Viena rezumaba Mahler hasta por las más insospechadas grietas, veías a los

turistas enfundados en camisetas con la efigie de Gustav, comprando pósters, imanes para sus frigoríficos y seguro que en Klagenfurt había cola para visitar su cabaña a orillas del Wörthersee; yo nunca fui, es una excursión que podría proponerle a Sarah, ir a recorrer la Carintia misteriosa; no hay azar, Austria está entre nosotros en medio de Europa, fue en Austria donde nos conocimos, yo acabé por volver y ella no dejó de visitarme. El Karma, el Destino, según el nombre que se le quiera dar a esas fuerzas en las que ella cree: la primera vez que nos vimos fue en Estiria con motivo de un coloquio, una de esas misas mayores del orientalismo organizadas a intervalos regulares por los tenores de nuestro ramo y en la que, como es debido, habían aceptado a algunos «jóvenes investigadores»; para ella, para mí, el bautismo de fuego. Yo hice el trayecto de Tubinga en tren, vía Stuttgart, Nuremberg y Viena, aprovechando el magnífico viaje para pulir los últimos detalles de mi intervención («Modos e intervalos en la teoría musical de Al-Farabi», título, por otra parte, absolutamente presuntuoso teniendo en cuenta las pocas certezas que contenía aquel resumen de mi disertación) y sobre todo para leer *El mundo es un pañuelo*, obra hilarante de David Lodge que constituía, o eso pensaba yo, la mejor introducción posible al mundo universitario (hace mucho tiempo que no lo releo, mira, eso podría amenizar una larga noche de invierno). Sarah presentaba una comunicación mucho más original y lograda que la mía, «Lo maravilloso en Los prados de oro de Al-Masudi», sacada de su tesis de licenciatura. Como único «músico», me hallaba yo en medio de un panel de filósofos; ella participaba de manera extraña en una mesa redonda sobre «Literatura árabe y ciencias ocultas». El coloquio tenía lugar en Hainfeld, hogar de Joseph von Hammer-Purgstall, primer gran orientalista austríaco, traductor de *Las mil y una noches* y del *Diván de Hafez*, historiador del Imperio otomano, amigo de Silvestre de Sacy y de todo cuanto la pequeña banda de los orientalistas de la época contaba como miembro, designado único heredero de una aristócrata muy mayor de Estiria que en 1835 le legó el título y el castillo, el *Wasserschloss* más grande de la región. Von Hammer el maestro de Friedrich Rückert, a quien enseñó persa en Viena, y con quien tradujo extractos del *Divan-e Shams de Rumi*, una conexión entre un castillo olvidado de Estiria y los *Kindertotenlieder*, que vincula a Mahler con la poesía de Hafez y con los orientalistas del siglo XIX.

Según el programa del coloquio, la Universidad de Graz, nuestra anfitriona en el ilustre palacio, había hecho bien las cosas; estaríamos alojados en las pequeñas ciudades de Feldbach o de Gleisdorf, muy cercanas; un autobús especialmente fletado nos llevaría cada mañana a Hainfeld y nos devolvería después de la cena, servida en el castillo; habían preparado tres salas del edificio para los debates, siendo una de ellas la espléndida biblioteca del propio Hammer, cuyas estanterías seguían guarnecidas por sus colecciones, y, la guinda del pastel, la oficina de turismo de Estiria propondría allí mismo y de forma permanente degustaciones y venta de productos locales: todo parecía particularmente «auspicioso», como hoy diría Sarah.

El lugar era completamente asombroso.

Los amplios fosos de recreo, atrapados entre una granja moderna, un bosque y una ciénaga, rodeaban un edificio de dos pisos con tejados inclinados cubiertos con tejas oscuras que cerraban un patio cuadrado de cincuenta metros de lado; tan extrañamente proporcionado que, desde el exterior, y a pesar de las amplias torres angulares, el castillo parecía demasiado bajo para semejantes dimensiones,

aplastado en la llanura por la palma de un gigante. Las austeras paredes exteriores perdían su gris revestimiento en grandes placas que descubrían los ladrillos y solo el vasto porche de la entrada —un túnel largo y oscuro abovedado en ojiva rebajada— conservaba su esplendor barroco y sobre todo, para sorpresa de todos los orientalistas que cruzaban ese umbral, una inscripción en árabe caligrafiada en alto relieve en la piedra, que protegía la morada y a sus habitantes mediante sus bendiciones: se trataba sin la menor duda del único Schloss de toda Europa que esgrimía así el nombre de Alá todopoderoso en su frontispicio. Al bajar del autobús me pregunté qué podía estar contemplando, la cabeza alzada, aquella manada de académicos, hasta que también yo quedé estupefacto ante el pequeño triángulo de arabescos perdido en tierras católicas, a solo unos kilómetros de las fronteras húngara y eslovena: ¿se había traído Hammer esa inscripción de uno de sus numerosos viajes, o acaso la hizo copiar con esfuerzo a un cantero local? Aquel mensaje árabe de bienvenida era solo la primera de las sorpresas, la segunda también estaba tallada: una vez atravesado el túnel de la entrada, de repente tenías la impresión de hallarte en un monasterio español, incluso en un claustro italiano; alrededor del inmenso patio y sobre sus dos pisos corría una interminable arcada, de arcos de color tierra de Siena, interrumpida únicamente por una blanca capilla barroca cuyo campanario de cúpula bulbosa contrastaba con el aspecto meridional del conjunto. Toda la circulación del castillo se articulaba, pues, por ese inmenso balcón al cual daban, con monástica regularidad, las numerosas estancias, algo del todo sorprendente en un rincón de Austria cuyo clima en invierno no era precisamente célebre por contarse entre los más suaves de Europa pero que se explicaba, como supe más tarde, por el hecho de que el arquitecto, un italiano, no visitó la región más que en verano. El valle del Raba, siempre y cuando permaneciésemos en aquel patio sobredimensionado, adquiriría de este modo un aire a la Toscana. Estábamos a principios de octubre y al día siguiente de nuestra llegada a la Marca de Estiria, a casa del difunto Joseph von Hammer-Purgstall, no tuvimos muy buen tiempo; un tanto aturdido por mi viaje en tren, yo había dormido como un lirón en un pequeño y aseado hostel en el corazón de un pueblo que (puede que debido al cansancio del trayecto o a la densa niebla en el camino que serpenteaba entre las colinas hasta llegar a Graz) me pareció mucho más alejado de lo que los organizadores habían anunciado; dormir como un lirón, ha llegado el momento de pensar en ello, quizá también ahora debiera arreglármelas para amodorrarme, un largo viaje en tren, una carrera por las montañas, o recorrer los tugurios para tratar de conseguir una bolita de opio, pero en el Alsergrund no tengo muchas opciones de dar con una banda de teriyaki iraníes: desgraciadamente, en nuestros días, víctima del mercado, Afganistán exporta sobre todo heroína, una sustancia todavía más horrorosa que las píldoras prescritas por el doctor Kraus, pero tengo esperanzas, tengo esperanzas de conciliar el sueño, de lo contrario en algún momento el sol acabará por salir. Todavía con este aire de desgracia en la cabeza. Hace diecisiete años (tratemos, mediante un movimiento de almohada, de disipar a Rückert, a Mahler y a todos los niños muertos) Sarah era mucho menos radical en sus posiciones, o puede que igual de radical, pero más tímida; trato de verla de nuevo bajando de aquel autocar ante el castillo de Hainfeld, los cabellos pelirrojos, largos y ensortijados; las mejillas rollizas y las pecas le conferían un aire infantil que contrastaba con su mirada profunda, casi dura; ya entonces tenía un no-sé-qué oriental en el rostro, en la tez y en la forma de los ojos que según creo se acentuó con la edad, en alguna parte debo de tener fotos, sin duda no de Hainfeld pero sí

muchas imágenes olvidadas de Siria y de Irán, hojas de álbum, ahora me encuentro tranquilo, aletargado, mecido por el recuerdo de aquel coloquio austríaco, del castillo de Hammer-Purgstall y de Sarah en su atrio, contemplando la inscripción árabe con un incrédulo cabeceo y aire deslumbrado, el mismo cabeceo que tantas veces he visto oscilar entre la admiración, la perplejidad y la apática frialdad, esa de la que hace gala cuando la saludo por primera vez, después de su intervención, atraído por la calidad de su texto y, por supuesto, por su enorme belleza, el mechón rojizo que oculta su rostro cuando, un tanto emocionada los primeros minutos, lee su papel sobre los monstruos y los milagros de Los prados de oro: vampiros terroríficos, genios, hinn, nisnas, hawatif, criaturas extrañas y peligrosas, prácticas mágicas y adivinatorias, pueblos semihumanos y animales fantásticos. Me acerco a ella atravesando la multitud de sabios que se arracima en torno al bufet en la pausa para el café, en uno de esos balcones con arcadas que se abren al tan italiano patio del castillo estiriano. Está sola, apoyada en la baranda, una taza vacía en la mano; observa la fachada blanca de la capilla en la que se refleja el sol de otoño y yo le digo discúlpeme, magnífica intervención sobre Al-Masudi, increíbles todos esos monstruos, y ella me sonrío amablemente sin responder nada, mirando cómo me debato entre su silencio y mi timidez: enseguida comprendo que espera a ver si voy a perderme en trivialidades. Y yo me contento con proponerle si quiere que le llene la taza, me sonrío de nuevo y cinco minutos más tarde estamos conversando animadamente, hablando de guls y de djinns; lo más fascinante, me dice, es la selección que opera Masudi entre criaturas atestiguadas, verídicas, y puras invenciones de la imaginación popular: para él los djinns y los guls son perfectamente reales, ha reunido testimonios que para sus criterios de comprobación resultan aceptables, mientras que los nisnas, por ejemplo, o los grifos y el fénix, son leyendas. Masudi nos enseña numerosos detalles sobre la vida de los guls: en tanto que su forma y sus instintos los aíslan de todos los seres, dice, buscan la más salvaje soledad y solo les gustan los desiertos. En cuanto al cuerpo, comparten cualidades con el hombre y a la vez con el animal más brutal. Lo que más le interesa al «naturalista» que es Masudi es comprender cómo nacen y se reproducen los guls, si es que se trata de animales: las relaciones carnales con humanos, en medio del desierto, se contemplan como una posibilidad. Pero la tesis que él privilegia es la de los sabios de la India, que consideran que los guls son una manifestación de la energía de ciertas estrellas, cuando ascienden.

Otro participante en el congreso se suma a nuestra conversación, parece muy interesado en las posibilidades de acoplamiento entre seres humanos y guls; es un francés más bien simpático llamado Marc Faugier, que se define con mucho humor como un «especialista del acoplamiento árabe»; Sarah se enzarza en unas explicaciones bastante terroríficas sobre los encantos de esos monstruos: en Yemen, dice, si un hombre ha sido violado en sueños por un gul, lo cual se detecta por una intensa fiebre y pústulas en malos sitios, utilizan una triaca compuesta de opio y de plantas aparecidas en ascensión de la estrella del Perro, así como talismanes y encantamientos; si le sobreviene la muerte, hay que quemar el cuerpo la noche siguiente al deceso para evitar el nacimiento del gul. Si el enfermo sobrevive, lo cual es raro, entonces se le tatúa en el pecho un dibujo mágico; en cambio, ningún autor describe, aparentemente, el nacimiento del monstruo... los guls, vestidos con harapos, con viejas mantas, procuraban desviar a los viajeros cantándoles canciones; son un poco las sirenas del desierto: si su cara y su olor auténticos son los de un cadáver en descomposición, tienen sin embargo el poder de transformarse

para encantar al hombre extraviado. Un poeta árabe preislámico, apodado Ta'abbata Sharran, «aquel que lleva la desgracia bajo el brazo», habla de su relación amorosa con un gul hembra: «Al aparecer la aurora —dice—, se presentó ante mí para ser mi compañera; le pedí sus favores y se arrodilló. Si me preguntan por mi amor, diré que se esconde entre los pliegues de las dunas».

El francés tiene pinta de encontrar todo eso alegremente repugnante; a mí esa pasión del poeta y el monstruo me parece más bien conmovedora. Sarah es inagotable; continúa hablando, en el balcón, mientras la inmensa mayoría de los sabios regresa a sus paneles y trabajos. Pronto nos quedamos solos, fuera, los tres, ante el sol poniente; la luz es anaranjada, últimos destellos de sol o primeras luces eléctricas en el patio. Los cabellos de Sarah brillan.

—¿Sabéis que también este castillo de Hainfeld oculta monstruos y maravillas? Es, por supuesto, el hogar de Hammer el orientalista, pero es también el lugar que inspiró a Sheridan Le Fanu su novela Carmilla, la primera historia de vampiros, que estremecerá a la buena sociedad británica una década antes que Drácula. En literatura, el primer vampiro es una mujer. ¿Habéis visto la exposición de la planta baja? Es absolutamente increíble.

La energía de Sarah es extraordinaria; me fascina; la sigo por los pasillos de la inmensa morada. El francés se ha quedado con sus actividades científicas, Sarah y yo hacemos novillos, en la noche de sombras y capillas olvidadas, en busca de la memoria de los vampiros de la Estiria misteriosa: la exposición, en realidad, más que en la planta baja está en el subsuelo, en unos abovedados sótanos acondicionados para la ocasión; somos los únicos visitantes; en la primera sala, varias grandes crucifixiones de madera pintada se alternan con viejas alabardas y representaciones de hogueras: mujeres andrajosas ardiendo, «las brujas de Feldbach», explica el comentario; el escenógrafo no nos ahorra el sonido, unos lejanos alaridos ahogados en salvajes crepitaciones. Quedo turbado por la gran belleza de esos seres que pagan su comercio con el Demonio y que los artistas medievales muestran medio desnudas, carne ondulante en las llamas, ondinas malditas.